

La situación dual del Estado en las provincias periféricas. Apuntes preliminares

Horacio Cao

La explosiva aparición de los movimientos nacional populares en la Argentina, encarnada en sus dos principales representantes, el radicalismo yrigoyenista y el peronismo, tuvo un significado distinto en las provincias de la periferia Argentina (NOA, NEA y Cuyo) del que tuvieron en la región pampeana.

En este sentido, el repaso histórico nos muestra que en sus respectivas génesis -y bajo las urgencias de la coyuntura- radicales y peronistas adecuaron sus respectivas secciones provinciales a las características de cada sociedad regional.

Por ejemplo, en la Salta de principios del siglo XX, si bien el radicalismo enfrentaba a la elite regional concentrada en derredor de la Unión Provincial, su cúpula estaba en manos de familias tradicionales (Güemes, Cornejo, Linares, Saravia, Torino). En las elecciones de 1920 el radicalismo triunfó por primera vez en Catamarca... y consagró gobernador a Ramón Clero Ahumada que había comandado la provincia entre 1912 y 1915 como hombre del régimen. Antes del surgimiento del bloquismo, del que hablaremos más adelante, la UCR de San Juan estaba formada por media docena de soñadores de rol marginal en la política regional; cuando los radicales triunfan en la Nación los precursores pasaron a un segundo plano con la incorporación del antiguo elenco del Partido Popular, una fuerza política tradicional de la provincia... y así puede seguirse con múltiples ejemplos. La cuestión fue tan clara que el presidente Yrigoyen decidió veinte intervenciones federales durante su primer mandato, la mitad de las cuales fueron sobre provincias gobernadas por miembros de su partido.

Del mismo modo, la irrupción del peronismo no tuvo la misma impronta a lo largo y ancho del país. Muchos de los principales dirigentes de las provincias periféricas fueron, a menudo, herederos del viejo conservadurismo. De esta forma en estas provincias, las autoridades del Justicialismo que iban accediendo al poder no generaron la ruptura que, paralelamente, se estaba produciendo en las provincias de la pampa húmeda.

En estas últimas, sobre todo en Buenos Aires, el peso de la composición obrera impulsaba políticas asimilables a las que los partidos laboristas llevaban adelante en las sociedades desarrolladas. Mientras tanto, el peronismo de las áreas rezagadas mostró perfiles menos homogéneos, con importante peso de lo rural, más parecido a la típica conformación de los partidos populistas de las sociedades poco industrializadas.

Mientras la irrupción de los obreros en particular y los sectores populares en general como actores clave de la política nacional y local implicó el despliegue de políticas públicas de desarrollo y empoderamiento, en la periferia se organizó una estructura que “sólo” gestionó el incremento de la oferta de bienes básicos, en un medio caracterizado por la rigidez del mercado de trabajo, la falta de tierras, las migraciones masivas...

Claro está que no sostenemos que el peronismo periférico tuvo un efecto neutro en la realidad material de los sectores populares; aún en las gestiones más “conservadoras populares”, la red política provincial, aunque solo fuera por el alto grado de incidencia

nacional en las provincias, fue vehículo para mejores condiciones de los trabajadores y para la llegada de asistencia social a los lugares más recónditos del país.

De estos hechos de la superestructura política, algunos autores –Gino Germani, el joven Mora y Araujo, entre otros- dedujeron que nada había cambiado en la periferia. Pero no era así, también en esa base social secularmente expoliada y olvidada las cosas estaban empezando a subvertirse. Veamos un relato realizado por Luis Alén Lascano en ocasión del desfile por el IV Centenario de la Fundación de Santiago del Estero en julio de 1953 (“Historia de Santiago del Estero” 2ª Edición. Plus Ultra, Buenos Aires, 1996):

“... Perón presidía los actos oficiales conmemorativos. Un gran desfile militar por la avenida Hipólito Yrigoyen... llegaba a su término, cuando irrumpieron en columnas interminables con sus modestas alpargatas, sus rostros barbudos y renegridos, sus gritos al aire como en un desafío, los obreros forestales (...). Su presencia en la ciudad era insólita y amedrentadora, aunque hubieran sido traídos disciplinadamente y por los medios oficiales acostumbrados: trenes camiones, colectivos, puestos a su servicio. Muchos conocían la ciudad por vez primera. Ninguno había llegado antes de sus abras rurales con tanta plata en los bolsillos, ni había circulado por las pulcras aceras de la capital engalanada, respetado como un hombre libre, digno. Parecía mentira ver aquel conglomerado tumultuoso e informe por la marcha sobre la avenida. Verlos ahí cerca en su brutal realidad social, en el ulular de sus voces, en su paso campesino y torpe, era como un golpe del ramaje en pleno rostro, como la gruesa rama caída sobre las espaldas que asustan y sorprende a la vez. Y sin embargo allí estaban. Marchaban... marchaban... y al llegar frente al palco, al pasar frente a aquel Perón, su dios, su mito hecho realidad a pocos metros; brotaban un grito ronco y fuerte a manera de saludo mientras levantaban las hachas a manera de demostración. ¡Ahora sí, cantaban las hachas! Quince mil hombres desfilaban salidos de la montaña misma de la tierra. Un girón de la raza morena salidos con perfiles aindiados, y las manos callosas, hacía un alto de esa manera a sus rudos trabajos para invadir la ciudad; poseerla, sentirse dueños de ella aunque fuese por unas horas. Algunos salían de las filas y se acercaban ante Perón para dejarle, casi de rodillas, el modesto regalo traído de la selva. Una chuchería hecha de la corteza del árbol, cualquiera de esas cosas simples que representaban su mundo primario y que querían ofrendar al líder de sus amores. Otro insistía en dejarle un cachorro de puma, cazado con su habilidad, porque así expresaba mejor la fuerza del símbolo en la mitología de su devoción al caudillo fuerte como esa bestia...”

Estos rudos obreros rurales, como otros trabajadores de la periferia, habían conocido a Perón a través de sus mensajes radiales. “Por supuesto que lo votamos a Perón y el no nos defraudó...” diría en una entrevista Zenobio Campos, quien fuera uno de los fundadores del Sindicato de de Obreros Forestales de Santiago del Estero.

Las hachas, que ahora *cantaban*, estaban marcando un nuevo contexto sociocultural. En él comenzaban a incubarse procesos modernizadores en ese otro subsuelo de la patria, aquél que no emerge de las villas de la conurbación bonaerense, sino de los ámbitos rurales, de los pueblos originarios, de las chacras y puestos periurbanos.

Y en estos casos, hubo situaciones en donde la superexplotación en estas provincias generó que el rezago periférico se trocara en avanzada popular. Si las peleas clásicas de Yrigoyen con las secciones provinciales de la UCR se originaban en la necesidad de desplazar de ellas a partidarios de “el régimen”, el bloquismo sanjuanino de la segunda década del siglo planteó un conflicto opuesto, al superar los límites de la apertura hacia las nacientes clases medias que postulaba el gobierno nacional y empezar a construir un Estado que redistribuía el ingreso y desarrollaba canales de participación popular.

En el peronismo de la periferia, después del '55, ocurrieron situaciones contradictorias: algunos dirigentes se apoyaron en los típicos lazos –de cercanía, religión y familiaridad– que articulaban a las pequeñas comunidades para lanzar desde ellos epopeyas emancipadoras mientras otros dirigentes parecieron pelear por volver a las condiciones de explotación vigentes antes del '45. Hubo gobiernos como los Miguel Ragone (Salteño, médico y discípulo de Ramón Carrillo, único gobernador desaparecido) y, también, como los de Carlos Juárez, eterno líder del peronismo santiagueño, representante emblemático del atraso provincial.

Como se ve, procesos complejos, difíciles de catalogar, que rompen los análisis que de forma automática asimilan la periferia al nepotismo, las modalidades clientelares y al atraso político. (Por otro lado, ¿Cómo engarzar en este análisis al electorado porteño, teóricamente el más moderno, que viene de votar a un político conservador como jefe de la ciudad?)

Preguntas que exceden los límites de este modesto texto, y para las que, además, creemos que no tienen una respuesta unívoca.

Lo que sí es posible afirmar que la llegada de los movimientos nacional populares al gobierno nacional trocaron un escenario que parecía inmutable. Concretamente, en su derredor, comenzó a construirse un Estado, que no sólo dejaba de actuar como gendarme de los privilegios, sino que era el puente para cambiar cualitativamente el lugar de las clases populares en la sociedad.